



PRETIL DEL TIEMPO

POEMAS



Juan Manuel del Río

POEMA SIN LETRA

Quisiera escribir un verso
con la esencia sutil de un poema.
y deslizarlo en el barco
-velero ligero al viento-
con la suavidad de un beso.

Quisiera que en cada playa
donde mi barco encalle
se bañara en sus aguas
el universo entero.

Y si después de escribir
por libre
verso a verso la canción
que en mi alma brota,
siguen abierto al paisaje
el ventanal de mi prosa,
no icen anclas de ensueño,
si están altas las olas,
ni pongan rima a mis sueños,
que mi ser aún necesita
inventar riberas nuevas
en el paisaje del tiempo.

Añadid, si acaso, un verso,
circular, redondo, azul,
como el mismo universo
para anclarlo,
igual que un caracol varado,
en las arenas profundas
de lo más hondo del mar
donde naufragados tengo
un manojo suelto de versos
en busca de eternidad.

Por las laderas arriba

Por las laderas arriba
van subiendo corazones
al amanecer del alba
abierta al viento la blusa
por mariposas sin alas.

El corazón tiene prisa
por encontrar entre olivos

antes que despunte el día
al que fue crucificado
y si es verdad o es mentira
que Cristo ha resucitado.

Dejando el sueño transido
en la fe a veces dormida
de discípulos ausentes,
-los de Emaús peregrinos-,
Cristo que ha resucitado
se aparece en el camino.

Es Él quien vuela y alcanza
a los que andaban perdidos,
de fe y esperanza huidos,
y aclara lo sucedido
cuando ya despierta el alba.

Rojas están de amapolas
las cinco llagas recientes
del Cristo resucitado.

El pan aguarda en la mesa
para ser pronto comido
y espera la manos que trazan
bendición y gesto amigo
en el encuentro que abre
los ojos a la evidencia
colmando toda esperanza.

Y se desandan caminos
por las laderas del alma
cuando la tarde ya cae
dorada por los trigales
que preparan el pan nuevo
para la próxima pascua
mientras en el lagar fermenta
el vino color de sangre
del Resucitado al alba.

Por las veredas del alma

Por las veredas del alma
van creciendo azucenas
entre un vaivén de cipreses
que cimbrean con la brisa
aromas de madrugada.

Por las veredas del alma
se me abre otra vez la fe
como una flor de granada,
y el día que esté madura
será nueva la alborada.

Por las veredas del alma
va entonando el corazón
un salmo de madrugada
al ritmo de una plegaria
a Cristo mi Redentor.

Pretil del tiempo

Déjame, mi Dios, asomarme
al pretil viejo del tiempo esta noche
y que decir yo te diga mis cuitas
como una plegaria amorosa que hundiera,
igual que el árbol frondoso de la vida, sus raíces
en el desierto, la estepa, o el huerto,
la quimera, la ilusión, la fantasía o el sueño.

Que aún tengo el sabor de la palabra en mi boca
y hombre me sé, aprendiz de niño que juega
en las ramas umbrosas del árbol de los años,
con la inocencia y la tristeza de los días iguales.

Taladrada tengo el alma de paisaje para atisbar de luz
el universo estremecido,
mientras intuyo, presiento y siento,
tu amorosa y envolvente presencia.

Padre, te digo, con la ternura del barro
de mi ser recién horneado
en el cuenco infinito de tus manos
que amasaron de amor sabiamente las galaxias
para vestir de relente el misterio de la noche
eterna y fantástica del tiempo.

Raíz del tronco en figura de hombre me sueño,
que correr quisiera, peregrino sin rumbo,
igual que un profeta, sin sandalias, sin cayado,
ni voz, ni palabra, sin nada, el desierto,
y envuelto de pronto me veo
en el palpitante aleteo de tu mágica voz
que va esparciendo a retazos la luz, el cosmos, la vida,
para que esta savia de mi viejo árbol reverbere
por las venas tráfugas de la fe, y de la esperanza,
la misma que alienta y empuja mi ser.

Siento entonces llenarse mis ojos de luz
en la desnuda inmaterialidad de tu regazo
y vuelvo a ser el niño recién amanecido
en tus brazos de Padre que debe pastorear de inocencia
el rastrojo de estrellas de tu infinito firmamento
donde pacen la Osa Mayor y la Osa Menor,
al abrigo silencioso de los siglos, mientras yo,
con todo mi ser, y apenas un susurro de voz,
sólo atino a decirte: ¡Padre!, ¡Padre...!

Princesa maya

Muchacha guatemalteca,
de ojos lindos, profundos,
hoy estoy triste por ti.
Recuerdo tu piel morena,
tu hermosa grácil figura,
de palmera,
y tu risa, limpia,
espontánea, serena.

Tu cabeza de gacela
oteando el horizonte
en los claros de la selva.

Hoy he vuelto junto al árbol
donde izabas tu canasta
llena de jugosos mangos
a recordar tu rostro
y aquella dulce mirada.

¡Adiós!, al marchar, te dije.
¡Adiós, que te vaya bien!,
con un mohín respondiste,
y nunca te volví a ver.

El árbol sigue en su sitio,
igual de grande y frondoso,
cuajadito está todito
de la bella flor de mango.

A ti te mató la malaria,
a mí el sentimiento
y una pena cruel.

Tu cuerpo duerme
en un claro
de la selva del Petén.
Una corona a colores
forman hermosas las flores
alrededor de la tumba.

Dicen
que en las noches blancas
de luna llena
te han visto acercarte al río
y caminar descalza la orilla
por contemplarte desnuda
en el espejo del agua.

Dicen
que se oyen suspiros
al llegar la medianoche
en la jungla tropical
por una princesa maya
que se murió siendo joven
una noche junto al río.

Puse una enredadera

Donde antes había puerta
yo puse una enredadera
toda cubierta de flores
igual que en la primavera.

Y donde había ventanas
yo puse geranios verdes,
para que parezcan flores
todos los atardeceres.

Tiene mi casa una fuente
donde beben las palomas
y un jardín con tulipanes
que embelesan con su aroma.

Estoy sembrando unos sueños
para el día de mañana,
por si se secan las flores
que florezca otra alborada.

¿Qué tiene esa estrella, Madre?

Dedicada a la Virgen del Perpetuo Socorro

¿Qué tiene esa estrella, Madre,
que en tu frente luz enciende
para que mis pasos de niño apenas
con seguridad guíe?

¿Qué tienen esos tus ojos, Madre,
que con tanta ternura me miran
cuando mis pasos al abismo asoman?

¿Qué tienen tus manos, Madre,
palomas de paz que mi frente acarician
cuando me duele el alma?

¿Qué tienen esos ángeles radiantes, Madre,
que traen trofeos de Vida
y en tu cuadro a gloria y redención repican?

¿Qué tiene tu Niño, Madre,
que por correr tan a prisa
pierde de un pie el guarache
mientras sus manos se prenden
en las tuyas tan seguras?

¿Qué tienen, dime, Madre, qué tienen?
Tienen que eres Perpetuo Socorro, Madre.

Glorioso nombre en la vida de tantos hijos dispersos
por este mundo de intrigas, pródigos en desventuras,
ricos en fragilidades, huérfanos con mal de amores
que necesitan tu ayuda y tu amor tierno de Madre.

Déjame pues, arrodillarme, Madre,
humilde, hoy a tus plantas
y que mis cuitas te cuente
desgranando una a una las cuentas
del rosario de mi vida
para volver a empezar a andar el camino
y llegar seguro a tu regazo
que guarda siempre sabor a Madre.

Quiero soñarte

Quiero soñarte, primavera,
como un canto de jilgueros,

en el instante más bello
y efímero del tiempo.

Quiero soñarte, verano,
como se sueña y ama la vida
de sol a sol cada día.

Quiero soñarte, otoño,
como un murmullo del viento
que ensaya música de ramas
en los árboles del bosque
mientras caen las hojas
como corcheas de oro.

Quiero soñarte, invierno,
cual si estuviera dormido
para siempre en la nieve
y escuchara el aleteo
de los copos que vuelan
como ángeles del cielo.

Ramas del viento

Puede el árbol arar con sus ramas el viento
y abrir surcos errantes a la sementera
bañada de luna en la pleamar del tiempo.

Pueden mis manos desenredar sentimientos
hacia dentro del abismo de mí mismo
y descolgar caricias por las murallas firmes
de la niebla omnipresente de lo prohibido.

Puede danzar la lluvia, si se atreve,
sobre el piano a dos manos de la calle
las notas saltarinas de la escala
do re mi fa sol, a la luz azul de las estrellas.

Sólo yo no puedo seguir las rutas
fugitivas de tu barco a la deriva

por la mar ingrata del olvido
ni puedo izar banderas blancas de amnistía
en el mástil que enhebra como aguja
los hilos finos del deseo
para zurcir requiebros trasnochados
salpicados de mentiras
con mi nombre y tu apellido.

Sigo siendo el timonel
de tantos barcos olvidados
en los puertos sin destino
donde ya no ondean
pañuelos de seda blancos
en tardes de despedidas.

Cierro hoy humilde mis ojos
para no acostumbrarlos al crepúsculo
que precede puntualmente a la noche.

Sólo de tiempo en tiempo
saldré a escondidas del viento
a contemplar la luna
enredada tras la sombra ingrata de los pinos
que guardan mi nombre y tu apellido.

Resurrección

Si estuvieran mis manos tan abiertas
como abiertas están tus cinco heridas
yo podría tocar tus cinco llagas
y adentrarme en la luz de tu mirada.

Juntaría mis manos con tus manos
metería mis dedos en tus llagas
y sabría hasta dónde tus heridas
han abierto un sendero a la esperanza.

Ya crecen los olivos en el huerto
donde el sepulcro no guarda tu cuerpo.
Pasó la noche, el llanto y casi el miedo,

ha llegado por fin la madrugada
y entre luces y lágrimas al alba
tu resurrección brota nueva en mi alma.

Rosas y espinas

Al contemplar las rosas en el huerto
no olvides que el rosal contiene espinas,
evita acariciar sin más los pétalos,
no tocar ni clavarte las espinas.

Porque punzan y hieren como amores
fracasados, que no se desvanecen,
y hay veces que se enconan las heridas,
y aunque transcurra el tiempo permanecen.

Es mejor aspirar su suave aroma
contemplando de lejos su armonía
mientras la luz del sol las engalana
y el rocío sus pétalos irisa.

Las rosas se parecen a la vida,
es hermosa, es radiante, pero a veces,
te encuentras situaciones que te clavan
el veneno de dardos que estremecen.

Salmo del afligido

Más tembloroso que un junco
roto y quebrado, ando yo.

El miedo me ha vuelto vacilante
y mis pobres huesos se deshacen
como un grito en la noche, errante.

Así estoy yo.
Mis ojos son dos fuentes,

no se cansan día y noche de llorar.

A veces corro como perro sin dueño.
Por todas partes veo
toco y siento la tristeza
y en cada pena envejezco
como un roble viejo y seco.

Quiero hacer de mi llanto plegaria,
de cada lágrima un rezo,
y del gemido que me quiebra
un poema
clavado como una piedra en la arena.

Escucha, Señor, mi llanto
como si fuera una oración o un canto,
para que una y otra vez brote en mi alma
la confianza, la fe, la templanza.

No te alejes, Señor, de mí,
y en cambio,
que retroceda prontamente
como adverso hado
todo lo que pueda contristar mi alma.

Salmo del amanecer

Se va el sueño como se van
poco a poco las sombras de la noche.

Despunta el día
y es un canto a la vida la armonía
que forman las últimas,
rutilantes, rezagadas, estrellas,
con el susurro del agua entre la hierba
y el trinar de los pájaros en el bosque.

Despierta el hombre
sorbiéndose incertidumbres,
y echándose auestas la nueva alborada.

Hay al despertar
niebla prendida en la montaña
perezosa como niña malhumorada.

El olor a leña mojada,
va subiendo, lenta, sugerente,
como oración de la mañana.

Siento que Dios está en todas partes,
arriba en el monte, en el llano, en la pradera,
y en el corazón anhelante del hombre.

Por eso, temprano te hablo, Señor de la vida,
de los campos, de las majadas y de los corderos,
y humilde te ruego que escuches mi voz,
cansada, reseca, tibia, cual la voz
de una oveja tuya
para que mis pasos sean firmes
como el tronco y la raíz del roble,
y que mi boca diga en cada palabra,
la verdad escueta, y simple.

Dame la alegría serena y noble,
y el silencio elocuente del bosque,
el canto bravío y suave de la quebrada
y la fuente.

Al tiempo que tu bendición, oh Dios,
humilde imploro, y te adoro
al comenzar el nuevo día.

Salmo para la hora undécima

A ti clamo, Señor,
desde el grito abismal que me sustenta.
Ya el aspa de mi llanto se ha quebrado,
y una mano templada, complaciente,
me acaricia los ojos...

Escucha, Señor, mi plegaria terca:
esta congoja tibia que resbala
superflua y desdeñable por mi carne.

Destierra de mi rostro el sopor
de la indolencia intransferible;
despeña entre tus manos
este dolor mediocre, irredimible.

Hazme huérfano inútil de todas las codicias
para que nadie pueda usurpar mi nombre,
cuando la escueta estructura de mi ser
descanse en las tierras baldías del olvido,
pues quiero ostentar en la sombra
el apellido ingenuo de las cosas:
noche, ciudad, viento y escarcha,
nieve y rocío, y tu nombre.

Cuando a la hora undécima me llames,
regrésame, Señor, a tu regazo,
para que el caminar nómada
y frágil de mi existencia,
no se estanque en las arenas
movedizas de la muerte.

Déjame entonces ver tu rostro
y que al mirarte,
se enreden mis ojos en tus ojos
y juntos desgranemos la canción jubilosa
del encuentro,
que quedará flotando limpia,
como el relente de la noche
sobre los trigales.

Déjame ser río en tu cauce
y que el agua de la vida
mis labios saboreen
en la limpia y desnuda
inmaterialidad del alma.

Y si el amor desertara de mi vida,
alárgame, Señor, todavía
un poco más la vida
para poder seguir amándote
más allá de la hora undécima.

SALVE, MARIA

Salve, María,
Virgen y Madre,
Mujer y testigo de la Historia,
que recorre en arco la Biblia
hasta coronar de estrellas
el azul sin fondo de tus ojos
bañados de luz divina.

Déjame esculpir tu frente
sobre el tronco añejo
del árbol frondoso de la vida
para que cuantos te miren, María,
caer en la cuenta puedan
que eres sombra fecunda
cuando más caliente el sol del mediodía
de nuestro tedio y cobardía.

Eres Mujer tan antigua y tan nueva
que en tu Sí de la Anunciación
cabe la Creación rota del Génesis
y el triunfo glorioso del Cordero del Apocalipsis
germinado en tu seno inédito de virgen
hecho Cristo encarnado
para juntar lo divino con lo humano.

Tú eres la Historia, María,
resumida y concebida un día
en tu vientre
y nacida en nuestra tierra
en la forma del Cristo humilde y paciente,
para ser promesa cumplida,

la que fue dada a Abraham nuestro padre,
el hombre que cruzó el desierto ardiente
sin más calzado que sus sandalias nómadas
impregnadas de certeza y esperanza paciente
en el Dios que le prometió ser padre
de un pueblo más numeroso que las rubias arenas
de la playa
o las estrellas copiosas del cielo.

Si Abraham por la fe fue Padre,
por la misma fe, tú te has convertido en Madre
del Cristo que todo lo hace nuevo
con sólo alargar en aspa las manos
que bendicen, clavadas,
desde el tronco de la cruz
alargada en el tiempo de la Historia
para redimir y salvar
para bendecir y perdonar
y llenarnos de su luz.

Déjanos estar junto a ti, María,
al pie de la Cruz donde madura
tu Historia y la nuestra,
y antes que asome la luna llena
déjanos amortajar de silencio agradecido
al Hijo
que un día te hizo Madre
cuando eras tan sólo una dulce doncella
de un humilde hogar en la tierra nazarena.

Luego, velaremos el sueño
de la noche corta del sepulcro
custodiado de olivos,
en el Huerto
donde se amasa el Pan y el Vino,
María,
de la Pascua nueva
que estallará de gloria al alba
del tercer día
con sabor a hermandad y Eucaristía.

Sembrar día tras día

En mi mochila el trigo es un viajero
que va en santa y alegre compañía
camino de la siembra. Es luz que guía
y de esperanza llena al jornalero

que se sabe de paso y va ligero
sabedor de sembrar día tras día
con ilusión su vida y ser vigía
para tener el pan por compañero

y el camino hacer pueda solitario
si al caminar no hay quien sus huellas siga
o si junto a una fuente va y reposa

para hacer menos duro su calvario
mientras mira crecer grácil la espiga
que en candelal ascensión se alza graciosa.

Si esta tarde ves que nieva

Si esta tarde ves que nieva
no me dejes tirado entre la niebla
cobíjame en esa cueva
donde late el corazón.
No romperé tu silencio,
tan sólo cerrarás los ojos
y yo la imaginación.

Suavemente caerá la nieve
dejando blanco el balcón
donde antiguamente florecían
generosos los geranios
y hoy la resignación.

Mas si juntamos mi silencio y tu perdón
aún es posible volver

al camino andado ayer
que nos lleve a la reconciliación.

Pero si esta tarde ves que nieva
mirando por el balcón
y no oyes crujir la nieve
olvídame y no me esperes,
habrá quedado por siempre
dormido sobre la nieve
un corazón olvidado.

Si he de hablarte...

Si he de hablarte, te hablaré
con mi música interior, Señor,
la misma que brota en la fuente
del bosque de mis sueños
donde se filtra
la luz increada de tu amor.

Rama soy en el árbol de la vida,
siendo Tú mi única Verdad,
Señor.
Y desnuda evidencia
de tu inmaterial presencia
soy,
ya lo ves, mi Dios.

Nada ante ti se esconde,
ni el pensamiento, ni el cosmos,
ni la eternidad, ni el hombre,
ni el tiempo,
ni esta tierra animada
que sustenta con amor
la música interior del alma
en el vaivén inconstante
de la fe.

Necesito tu habitada soledad
para hablarte quedamente

con el murmullo del agua
que mana limpia en la fuente,
con el rumor verde
de la espesura del bosque,
con el canto alegre del jilguero
que anida en la enramada,
con el sudor rendido del peregrino
al final del camino,
con la oración agradecida
del último de tus hijos.

Padre, te digo, y te diré,
Tú, que diste vida a mi ser,
y ritmo para andar tus caminos
a mis pies,
olvida los renglones,
tantas veces torcidos,
de mi letra
y abre de par en par tu puerta
para que cuando llegue mi amanecer,
pueda entrar seguro en tu gloria.

Si piensas ser un ángel

Si piensas ser un ángel
juega limpio en la vida.
La vida es un cuadrilátero
una letra en cada esquina:
virtud
ilusión
deber
armonía.

Si piensas ser un ángel
juega limpio en la vida.
Haz de la virtud ilusión
de la ilusión un deber
y del deber armonía.

Si piensas ser un ángel

juega limpio en la vida.
Ponte en paz con Dios
haz el bien sin mirar a quién
y olvídate de ti mismo
que nunca te faltará un amigo.

Si piensas ser un ángel
juega limpio en la vida.
Remarás contra corriente
serás reír de la gente
pero habrás conseguido
ser un ángel para siempre.

Si voy buscando la luz

Si voy buscando la luz
tus ojos son dos luceros, María,
para apagar las sombras de mi soledad
cuando a veces, tantas veces,
camino en la penumbra
que va dejando, apenas,
la estela de mis dudas.

Si voy buscando la armonía,
tú eres la mano amiga
que acaricia mi rostro curtido
de hombre ya envejecido,
por donde no fluyen ya las lágrimas,
tan necesarias, que corrían
cuando era sólo un chiquillo,
que empezaba a descubrir la vida.

Y si busco, aunque sea,
verter una sola lágrima
por tantas espinas
que la vida va clavando,
tú eres la Madre sufrida
que me va quitando, una a una,

las espinas y el dolor
para que mi lágrima sea,
no dolor, sino oración agradecida.

Siete pecados, siete

Siete pecados, siete,
ni uno más ni uno menos
cada día cometo,
pecador me confieso.

Por lo demás, ni poeta
soy, sin musa ni sueldo,
soñador de quimeras
con los pies en el suelo.

Junto al mar he nacido
cuando un acantilado
se enamoró de la mar
un día ya lejano.

Soy por lo tanto hermano
de las olas y del mar
donde naufragó un barco
siendo la pleamar.

Quieto en mi acantilado,
solo con mis lamentos,
aún otro barco espero
de mejor cargamento
que los siete pecados,
siete, y mi soledad
incluido el silencio,
que el resto es orfandad.

Simplemente amar

Amar la vida es...
amar
simplemente amar.

Amar la vida es buscar
en cada instante rimar
la prosa laica del día
con el verso resultante
de poner música nueva
en el carcaj de la historia
donde se guarda la flecha
que debe lanzarse a tiempo
al horizonte ignorado
por donde habrá que pasar
cantando alegre a la vida.

Amar la vida es cantar
la canción nueva, sin letra,
del amor nunca ensayado
que deben interpretar
todos los enamorados.

Amar la vida es tener
la ilusión por alcanzar
la estrofa de agua en la ola
cuando el mar inicia un vals
al compás de los caireles
que trazan los peces
en los caminos de la mar.

Amar la vida es trazar
caminos nuevos, no andados,
por donde poder pasear
la ilusión diaria de vivir
a la par de otra gente
que estrena a diario
el traje de la amistad.

Amar la vida es...
amar

simplemente amar.

Sin palabras

No te creas mis palabras,
porque hoy te diré que sí,
mañana te diré que no,
y lo mismo me dirás tú a mí.

Ni me creas
si te digo que te extraño,
eso mismo dice
medio mundo al otro medio,
del derecho y del revés,
para mantener en pie
una pertinaz mentira.

Mejor, mirémonos en silencio
a los ojos
dejando que las lágrimas
afloren libres como lluvia
y que laven las heridas
que aún llevamos en el alma.

Y si todavía,
dentro de nosotros queda
un mendrugo de amor
besémonos con ternura
sin decirnos nada a cambio,
que el corazón irá curando,
una a una,
las heridas todas
que aún nos queden
en el alma.

Sólo los sueños no mueren

Le dijeron que era primavera

y sonrió
le dijeron que las flores hablaban
y se lo creyó
le dijeron que no soñara...
y el cielo se oscureció.

Se puso triste
cerró los ojos
y se murió.

Fue todo lo que quedó
en el álbum del recuerdo
para cuando se escriba la historia
de alguien que al escribir un poema
añadió una postdata
en forma de corazón,
decía:
sólo los sueños no mueren.

Soñar en la nieve

Alta estaba la montaña
al llegar la madrugada,
-tu balcón tenía el rumor verde
de los geranios en flor-.
Tengo prisa por subir
a lo más alto, y de la cumbre,
tomar tomaré,
la más blanca nieve entre mis dedos.

Y antes, mucho antes que a la mar
en ríos la nieve en agua transformada llegue,
un pequeño, muy pequeño mar,
en el cuenco de mis manos formaré.
Blancos copos como frágiles barcos serán,
que mis manos como un mar
de orilla a orilla surcarán.

Barquitos veleros que navegan

la orilla del acantilado de mis ojos, serán,
y cual náufragos desaparecerán;
e irse se irán, como se va un amor entre la niebla
-oh, mis copos veleros, ampo de nieve-,
por el océano y universal altamar de mis manos.

Habrà un revuelo azul de pañuelos
bordados de ensueños y atardeceres,
y jugar jugaré, de azul y blanco,
columpiándome en las estrellas
hasta que los copos bajen
rodando ladera abajo de mis manos,
como un evocador acantilado de sueños.

Pero antes que al suelo se deslicen
mis halados barcos de nieve,
girar los haré en frenética danza de luces,
como surtidor embrujado de fuego,
en el ancestral remolino de mi mente.

La ventisca vestida de blanco
con los árboles festival de nieve danzará
cuando el viento que cae de la cumbre
arrastre en alud intemporal
mis frágiles barcos
hasta la ladera profunda
de mi niñez ya olvidada.

Habrà estrofas de agua
entre los pañuelos del atardecer
cuando mis impolutos barquitos de nieve
fondeen sobre el rumor verde
de tus geranios en flor.

Mil gaviotas escoltarán
este viejo barco imaginario
hasta dejarlo anclado en tu arena,
asomándose al pretil azul de la montaña
que guardará mis recuerdos,
tus geranios y mi vida.

Soñarte en primavera

Quiero soñarte en primavera
esté despierto o dormido,
si dormido,
con el canto del jilguero,
si despierto,
con el instante efímero del tiempo.

Quiero soñarte en invierno
entre la nieve y el hielo,
esté dormido en la tierra
o despierto en el cielo,
si dormido,
como música de ensueño,
si despierto,
como un amor eterno.

Quiero amarte en la vida
y quiero amarte en la muerte,
déjame vivir
y morir en tus brazos
donde empieza la primavera.

Sueño largo la vida

Era un sueño largo,
tanto como la vida,
estirado como un pergamino
a lo largo del camino,
que mis pies sin detenerse recorrían.

Sobre él quedaban, jeroglíficos del tiempo,
escritos para siempre los caracteres del llanto,

como migajas de pan, cuando el pan se come
húmedo de lágrimas en soledad y amargura.

De un lado quedaba el desierto,
del otro la soledad y el silencio,
que son parte inherente
del páramo envolvente,
porque el pasado no existía.

Sólo se vive el presente,
esto es claro,
que mana abundante como una fuente,
y el agua nos va llevando
por el río sin orillas
de la vida,
hasta llegar y desembocar,
serena pero inexorablemente,
en el mar luminoso de la extraña rivera
que marca el mojón del misterio
donde dicen que se acaba el tiempo
y se abre el portón de lo eterno.

Arcilla de hombre,
mi ser se iba desmoronando
al caminar de la vida
y en cada huella que mis pies dejaban
letras cuneiformes escritas quedaban,
grabadas sobre la fragilidad del barro,
para que otros,
en la arqueología muda del tiempo,
un día lejano descubran
hallazgos fósiles de un hombre
cuyos pies descalzos
la misma senda caminaron.

Tal vez en la roca calcinada del desierto
fuentes de agua vislumbre,
y en arroyos secos de la entraña árida
de la tierra yerma
quise calmar mi sed,
mas el manantial verdadero fue mi fe.

Déjame, pues, Señor,
darte gracias por el combate épico
y las batallas perdidas
en el fragor ineludible de la vida.
Pero deja que también te dé las gracias
por tu Espíritu
derramado abundante sobre mí
que ha hecho posible, en definitiva,
que camine seguro y firme hacia Ti.

Sueños en flor

Que se me rompa la flor de los sueños
y estalle en pétalos y melodías
de fuegos artificiales,
que quiero vagar por la vida
libre como el pájaro que emigra
al país de la fantasía.

Y si el cielo se nubla de estrellas
yo encenderé mil sonrisas
al arrojar la moneda de un deseo
al pozo azul de tus ojos.

Quiero aferrarme a la vida
como el náufrago a la tabla
hasta alcanzar a salvo la orilla.

Me encontrarás cuando llegues
cantando bajo la lluvia,
yo habré cumplido el deseo
de beber el agua clara
en el pozo abismal de tus ojos.

No rompas nunca los sueños
abiertos a flor de vida
deja que estallen los cielos
en fuegos artificiales

por si hay náufragos
que necesitan saber
dónde queda la orilla.

Tarde de toros

Un capote a medio sol
en los cuernos de la tarde,
una jarra de limón
y están los tendidos que arden.

De verde olivo el torero,
negro mate el mayoral,
de astas finas el encierro,
qué tarde para triunfar.

Suenan clarines de fiesta,
está solo el redondel,
surge una figura enhiesta
al asomar el burel.

Y un ole con emoción
estalla por los tendidos
cuando un quiebro con valor
deja a toro y diestro unidos.

Se revuelve fiero el toro,
tiene codicia el astado,
situado en medio del coso
cita el torero con garbo.

Rojos claveles se estampan
en los lomos del burel
cuando el picador le clava
toda la lanza en la piel.

Y mientras unos aplauden
el resto silva a placer.
Inicia el torero un lance
al centro del redondel.

Se cambia por fin el tercio,
ya están los banderilleros
cada quién en su terreno
citando al toro de lejos.

Al quebrar con apostura
prende el primero su par,
descompuesta la figura
el segundo es desigual.

Está tocando la banda
pasodobles muy toreros,
es una fiesta la plaza
en los tendidos y el ruedo.

Y suena el clarín de muerte.
Con la espada y la muleta
el torero busca suerte
brindando a la concurrencia.

Un trasteo por lo bajo,
también de izquierda a derecha
para que humille el morlaco,
y a comenzar la faena.

Cita vertical, de lejos,
un ayudado por alto,
tres redondos y el de pecho
mientras le aplauden con garbo.

Qué torera está la tarde
al compás del pasodoble;
saludando al respetable
alza el torero el estoque.

Su terno es de verde olivo,
el toro de negro y sangre;
hay silencio en el tendido
la muleta está en el aire.

Cuadra el toro junto a tablas,
vertical está el torero,
y al volapié con la espada
mete hasta el fondo el acero.

Un ole que rompe el aire
estalla en toda la plaza,
ha triunfado en esta tarde
un torero hacia la fama.

Las dos orejas y el rabo
para el torero de olivo,
aplausos al toro bravo
y un clavel desde el tendido.

Triste quedó aquel sobre

Triste quedó aquel sobre
depositado en un buzón,
sobre la nieve,
sin fecha ni hora de recogida,
con mi carta escrita
en el pergamino voraz del tiempo,
donde morirá de pena.

Que de noche la escribí, de noche,
sin más luz que el pensamiento
y la opaca luz de tu recuerdo,
-iay, cómo lloraba la nieve
sobre mi carta sin nombre
escrita al resplandor de un fuego,
por imposible, incandescente,
y, por mi honor, secreto.

Por timbre postal le puse
la mitad de un tiempo ido,
la otra mitad, ni lo digo,
aunque será, me supongo,
autografiar tu nombre
a bolígrafo en negro

antes que venga el deshielo
y se lleve,
-¡ay, cómo aflora tu nombre!-,
hasta el recuerdo.

Deambularé en silencio la noche,
y las calles que no anduvimos,
me ladrarán como perros callejeros,
tus recuerdos, y tú seguirás ausente,
-¡ay, cómo me sabe a nieve
la carta que no leíste,
por no llevar remitente
ni menos aún, por mi honor te lo digo,
tu ignorado destino!-.

Tú serás la fuente

Préstame el azul del cielo
que yo te daré mi barca
para caminar juntos los mares.

Dame el don de la palabra
que yo te daré mi lengua
para entonar nuevos cantares.

Juntos andaremos, si quieres,
descalzos sobre el agua
o subidos en mi barca.

Y si tú quieres,
tomaré prestada
la voz universal del viento
para escanciar poemas
escritos con tu palabra.

Juntos beberemos la sed
amarga de la estepa
cuando broten surtidores
y fuentes de agua

que harán brillar espejos en la arena.

A volar echaremos por el cielo
alondras de la tarde
que en sus alas gráciles de plata
escrita llevarán tan sólo una palabra:
libertad.

Entonces, yo seré el camino,
que cruza la estepa
y tú serás la fuente de agua
que del viajero la sed calma
cuando recorre el desierto.

Tuve una vez un huerto.

Tuve una vez un huerto
que lo sembré de albahaca,
quería aromar la tarde
con los sabores del heno.

Hice una casa sin puerta
y planté una enredadera
toda cubierta de flores
igual que en la primavera.

Y donde había ventanas
yo puse geranios verdes,
para que tuvieran flores
todos los atardeceres.

Tiene mi casa una fuente
donde beben las palomas
y un jardín con tulipanes
que embelesan con su aroma.

Ahora estoy sembrando sueños
para el día de mañana,

por si se secan las flores
que canten los ruiseñores.

Verano

Verano,
Tú puedes matar el tacto de los árboles,
las hojas que han temblado
de cielo azul en primavera.
Puedes posar tu mano,
pesada y cenicienta,
en los pechos enfermos,
en las sienes delgadas del anciano.
Puedes cerrar mis párpados
con un roce de mármoles helados
y la fragancia honda, estilizada
del ciprés perenne.

Verano,
Tú agolpas los días como sandalias
que caminan por las ansias del deseo.
Cruje la estepa,
-La Mancha es un horno,
Castilla está seca, no hay viento-,
crujen mis manos, tú cruje;
y crujen las casas por agobio
y por cansancio.

Verano,
tú estás aquí, como un lebrel cansado,
restregado por los tallos imposibles de la sangre,
y cruzado de piernas,
espantando por oficio y por rutina
los tábanos imaginarios,
y el canto chirriante, desafinado, rayado,
inaguantable, de mil cigarras en paro.
Una, dos, y hasta tres,
he contado la caída mortal al vacío
de las hojas amarillentas y secas

que rompen el sueño cansino
y el sofoco castellano del viejo lebrel.

Verano,
tú estás aquí, en las calles más hondas
de mis ojos sembrados de albahaca
la misma que tuvo el color verde
de los geranios frondosos,
mientras vigilas los pasos del insomnio,
los crujidos agrietados de la estepa,
agostada y reseca,
la muerte lenta de los árboles sedientos,
y cuidas el sueño entrecortado
del viejo lebrel que nunca supo ni sabrá
que al norte, verano,
tú también te vistes de verde
arrullado por la primavera, el otoño
y las nieves sempiternas del invierno.

Verde

Verde,
el color verde doncella
de las manzanas
con aroma de nardo florecido
que sabe a muchacha entera
del Cantar de los Cantares.

Verde,
el color verde olivo de los olivares
y el verde intenso de las viñas
donde sestean rebaño y pastor
al llegar el mediodía.

Verde,
el color verde limón de una sonrisa
sobre el albor blanco de azucena
de los valles.

Verde,
color verde hierba de los campos
donde crecen las flores
al llegar la primavera.

Verde,
el color verde universal
de dos corazones
tiernamente enamorados
cuyo amor sublima y canta
el Cantar de los Cantares.

Virgen del Carmen

Cerca del acantilado
y bordeando la costa
van los barcos floreados
con guirnaldas de colores
en festiva procesión del Carmen.

Los peces van dando saltos
luciendo color de plata
al alimón con las olas.

Suenan cohetes de fiesta
mientras el pueblo a la Virgen
marinera Salve le canta.

Es el fervor de la gente
de vocación marinera,
es la alegría de siempre
tratándose de honrar a María,
es la oración del pueblo que reza
a la Reina de los mares.

Salve, estrella de los cielos,
Salve, Reina de los mares
salve, Virgen María del Carmen.

VIRGEN GALILEA

Lenta, sugerente,
va subiendo la oración de la tarde
en la aldea
como incienso de alabanza
antes que el sueño se enrede
con las sombras medrosas de la noche.

Se oye el susurro del agua
que corre mansa en la fuente
mientras un salmo por plegaria
estremece el alma
de una joven, nazarena y virgen.
Su nombre por siempre, María.

Huele a leña verde el fuego
que crepita y arde con fuerza suave
en el tranquilo hogar.
De pronto todo es claridad.

“¡Alégrate, María!”,
el ángel de Dios le dice.
Y todo su ser, sorprendido,
de arriba a abajo se estremece.

“¡No tengas miedo, María,
que eres de Dios la amada
y de gracia llena
tu alma santa rebosa!”,
el ángel Gabriel responde.

Cuando María comprende
lo que Dios en ella busca y quiere,
con sencillez y humildad exclama:
“¡Soy del Señor la esclava,
cúmplase en mí tu palabra!”.

Y Dios al caer la tarde

se hizo, de golpe, luz y alborada
en las entrañas de una virgen
a la que en adelante, y siempre,
dirán: "¡Bienaventurada!".

¡Qué misterio, virginal y sublime,
esconde la noche
de la fértil tierra galilea,
donde a una joven doncella,
de tez fresca y morena,
le brotan a raudal dos fuentes
en sus ojos negros, profundos,
de emoción juvenil, incontenibles,
al Dios eterno agradecida,
que en su seno se hace Vida
y Luz radiante que al mundo ilumina!

Virgen hermosa

Eres, María, la Virgen hermosa,
de sueños inspiradora.
Eres de Dios la amada
eres la Inmaculada.

Eres la gracia nueva instaurada
orgullo del Dios que exalta
de lo más bajo al más pobre.

Eres la Mujer que une
el original resplandor primero
con la luz eternizada
en Cristo resucitado.

Eres Mujer de la Historia
y puente del Dios que unió
el cielo con la tierra
haciendo que una doncella

en su seno concibiera
al Cristo ella sola.

Inefablemente intacta
grávida de amor y ternura
Madre eres de los hombres
que adoran a Jesucristo,
y también de los que no le aman.

De la humanidad esperanza firme
en tus brazos ya sonrío
el Hijo de tus amores
mientras todos te decimos
en una letanía santa:
"ruega por nos, pecadores".

Hora es del mediodía
hora es de la alegría
cuando del ángelus suena
la campana que repica:
"Ave, María".